

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3'50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año 11

MURCIA.-Martes 27 de Agosto de 1907

Publicidad

LOS ANUNCIOS DE TODAS LAS
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS

DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 308

Influencias del genio

Pocos días faltan para que comience la
feria y hasta ahora, pese á todos los pesa-
res, no se han terminado de arreglar los
casetones que tanto encantan á un perio-
dista murciano. Al revés de otros años, en
el actual vamos á ver una cosa graciosa
sobre modo: que las instalaciones—si por
casualidad las hay, que si las habrá—prin-
cipian á hacerse el mismo día en oficial-
mente, según la férrea voluntad de nuestro
ilustrísimo Ayuntamiento, dá comienzo la
feria, esta feria que recuerdos tan gratos ha
de despertar en todos por sus innúmeros
y bellísimos festejos y que servirá de modelo
en Majalandrin y en Quitapellejos para las
suyas, que son admiración del mundo en-
tero y pismo de las gentes. Nosotros, que
hasta lo presente no habíamos visto cosa
buena, presenciaremos este año festejos
dignos de una capital de primer orden,
rompiendo la tradición que nos ligaba ton-
tamente las manos, impidiéndonos demo-
strar nuestras energías que velamos.

La indiferencia con que progamos antes la
feria, afortunadamente, se ha roto, porque
con el alcalde que tenemos, tan emprende-
dor y tan amante de los festejos, era imposi-
ble otra cosa. Hoy ya, que sabemos las
ganancias positivas que reporta á la pobla-
ción, toda nuestra preocupación, todo nues-
tro interés, todos nuestros pensamientos se
dirigen á darle mayor brillantez, populari-
dad más grande, importancia más crecida;
y como en estas ideas no entra para nada
la conveniencia personal, pues nuestro al-
calde es de esos hombres que no piensan
en la suya ni en la de sus amigos, desde
este mismo año comenzamos á disfrutar ter-
riblemente de esas bondades, para con-
servar el venidero el recuerdo de este.
Por eso á nadie debe extrañar que,
admirándonos del pasado, triste y feo co-
mo él solo, diviniciemos como se merece
al presente, lleno de fiestas encantadoras,
repleto de festejos que en la misma Roma,
en su época de esplendor, causarían envidia.

El alcalde, emprendedor é imaginativo
ideó unos cuantos números nuevos, de
prodigiosa novedad, y poco á poco, con el
entusiasmo, fué pensando otros, hasta for-
mar un programa terrible, un programa,
que hará acudir por miles á los forasteros
y que recordaremos los murcianos eternas-
mente, para decir á los futuros alcaldes:
D. Gerónimo Ruiz, hombre de inmensa va-
lia, pergeñó estos festejos tan brillantísi-
mos; queremos que se imiten,—y como la
fama conservará los hechos meritorios del
popular amigo del Sr. Lacierva, todo el
mundo, acatando al genio, se inclinará ante
la voluntad popular, ansiosa de tener
otra lumbrera que, junta con el Ministro
de la Gobernación, proclamen por el mundo
nuestra inusitada suerte.

La feria de Septiembre, tan mezquina
siempre, vuelve á su periodo de mayor bri-
llantez, gracias á las acertadas disposicio-
nes del Sr. Ruiz. Hacia tiempo que se no-
taba la vida artificial de que gozaba, y ya
era hora de probar lo contrario, para satis-
facción nuestra. Hoy día, afortunadamen-
te, podemos cantar victoria: lo necesario
ha triunfado de la indiferencia. Nuestro sa-
piente alcalde, que no tiene un momento li-
bre, robó horas al sueño para imaginar fe-
stejos y de esas vigiliás, tan fecundas y nece-
sarias, salió el programa de feria, que no
puede ser más hermoso ni hablar más elo-
cuentemente en favor del alcalde. De hoy
más, nuestra admiración será adoración,
idolatría...

PLUMAZOS

Cómo se civiliza

Los europeos tendremos todas las buenas
cualidades que se nos parezcan, pero tam-
bién el privilegio de echarlo á perder todo. Si
intervinimos alguna vez en cualquier en-
revesada cuestión, por obra y merced de
ella se enrreda esta y de poco soluble se
convierte en insoluble.

La voluntad—que en nosotros es y sig-
nifica bastante menos que los deseos—, po-
co firme para aguantar desusados estados
de cosas, acaba por ser nada ante esas
benditísimas ansias; y si fuimos á la in-
tervención á impedir en los contrarios
atrocidades, las cometemos mayores por el
gusto de oponer «razones» de tal calibre á
las de ellos.
Los marroquíes sufren ahora esos mis-

tos afanes pacifistas de nuevo cuño. Las
tropas de desembarco en el imperio, al de-
cir de los periódicos cumplen gallardamen-
te el cometido que se las impusiera, y la
paz, esa dulce necesidad para los simpáti-
cos moros «avansa á grandes pasos»... pa-
ra atrás. El buen deseo que nos animara á
realizar la intervención armada, tiene ha-
sta ahora de su parte los mejores auspicios:
los marroquíes, por el momento, no comen-
ten las barbaridades á que son tan aficio-
nados—verdad es que los cometemos nos-
otros en cambio—, y el sultán, el pobre y
misérrimo sultán—Muley Hafid ó Ab-
d-Azzis?—, se ve acatado y reverenciado ya
por los discolos indígenas.

Como se ve, no podíamos desear más para
comentar el afán de pacificación que nos
llevó á Marruecos.

Los europeos, que ya nos demostráramos
como tales en todos los países á donde nos
llevaran iguales motivos de intervención
que el de hoy á Marruecos, damos por nua-
va es una lección á los indígenas en sen-
timientos civilizativos. El bonísimo reme-
dio puesto á la enfermedad de demasias
moruna no puede menos de probarles que
nuestra supremacía sobre ellos es innega-
ble y que somos más caritativos que moros
algunos hayan sido ó piensan ser en su
vida. El hecho de haber cortado la conti-
nuidad de un estado de cosas engendradora
de atrocidades como las últimas cometi-
das por los «infieles», es una irrobtable.

Poco importa que seamos nosotros los
que ahora cometamos las atrocidades, en
perjuicio de los marroquíes, por de contado.
Lo principal es que no digan «esta boca es
mía» los que pudieran rebanarle á uno el
pescuezo muy á su sabor. Esa es la civili-
zación.

Aunque tal vez, tal vez sea demasiada.

NAZARIN.

DEL FEUDO DE CIERVA

ASILADOS HAMBRIENTOS QUE HUYEN

Copiamos de España Nueva:

«La Prensa murciana da cuenta de las
numerosas deserciones que se notan en la
llamada Casa de Misericordia de aquella
ciudad. Los pobres asilados, hambrientos
y casi desnudos, prefieren escaparse á se-
guir sufriendo los horrores de la situación
creada por el caciquismo conservador, y
que continúa siendo insostenible, aunque
se procuró disminuirla cuando la infanta
Isabel visitó el Centro benéfico murciano.

Durante los días que dicha señora estu-
vo en Murcia se derrochó el dinero en la
Casa de la Misericordia, para que aquella
creyese que era una fábula todo lo que se
decía del hambre de los asilados. Ahora
éstos vuelven á tocar las consecuencias de
la habilidad de los amigos de Cierva, y se
apresuran á huir de donde se los tiene su-
jetos á la mayor miseria, sin agua potable,
sin los alimentos precisos, sin ropas...

Comentando la comedia que se represen-
tó ante la infanta, escribe El Demócrata,
de Murcia:

«¿Quién va á creer que en varias sema-
nas lo que era modelo de prosperidad va á
ser presidio ignominioso, lugar de tortura,
sentina de vergüenza? ¿Quién va á figurar-
se en cuatro semanas un cambio tan radi-
cal? ¿Quién creerá que los que nadaban ha-
ce veinte días en la opulencia, bajen, sin
notarlo, á la miseria? No, nadie. Lo que
ayer era vergüenza, hoy es vergüenza tam-
bién; lo que fué odioso, continúa sién-
dolo.»

Se han lucido, pues, los servidores de
Cierva al servirse de tales trampantojos
para con la infanta, á quien maldito lo que
le agradará que se haya repetido la come-
dia que el famoso Potenkin inventó cuando
el viaje de la emperatriz Catalina á la Tau-
rida.

Sépanlo todos. Los asilados de Murcia,
gracias al caciquismo conservador, que
tiene en bancarrota á la Diputación y al
Ayuntamiento murcianos, siguen pade-
ciendo hambre, sin que su estupendo paisa-
no el ministro, atareado en emplear mur-
cianos de la Policía madrileña, obligue á sus
amigos de Murcia á poner coto á ese es-
cándalo vergonzoso.

Tan vergonzoso es, que habrá de repe-
tirse con otro periódico de la ciudad del
Segura que los asilados, «al buscar la liber-
tad de la calle, exponiéndose al hambre y á
todos sus efectos, es porque ven en el Asilo
que los cobija, más que mansión de la cari-
dad, presidio ignominioso; más que techo
bienhechor, lugar de reclusión tortura-
dora»...

Mientras, Cierva reglamenta la hora á
que deben cerrarse los teatros... ¿No valía
más que remediase la situación creada por
sus correligionarios y amigos de Mur-
cia?»

Información especial

LOS INVENTOS
DE M. LEDUC

En Nantes (Francia) en una casa antigua,
donde fué firmado el edicto de Enrique IV,
vive el sabio M. Leduc. Todo el mundo le
conoce y lo estima con veneración. Es pro-
fesor de la facultad de Medicina; bajito, po-
quita cosa, vivo, nariz recta, barba blanca,
puntiaguda, cabello espeso y corto y ahí
donde se le ve tan pequeño, tan modesto,
es el precursor de la medicina del porvenir
y uno de los cerebros mas poderosos del
presente que hace poco aun era casi desco-
nocido para la masa general; pero Alema-
nia ya se preocupa de su obra. Así en Ber-
lín eran mas conocido que en París, en Pa-
ris mas que en Nantes, en Nantes mas que
en... España donde nadie lo conoce ¿para
qué aquí ya lo tenemos todo hecho y re-
suelto; no necesitamos sabios.

Pues ese hombre es autor de muchos descubi-
mientos científicos trascendentales, de
donde saldrán procedimientos nuevos en
Medicina y doctrinas nuevas tambien, acaso
todo una ideología.

Citamos solo tres descubrimientos suyos,
los más sensacionales, no relacionados en-
tre sí; cada uno es un hecho distinto, una
conquista en el campo de lo ignoto.

El primero es el sueño eléctrico ó anestesia
por la electricidad. Por medio de un
aparato de su invención, Leduc obtiene una
corriente eléctrica que maneja y dosifica á
su voluntad y con ello anestesia al sujeto
sea hombre ó irracional. Cesa la corriente
y el anestasiado se ve despierto y sano,
ninguna incomodidad siente, no sufre los
efectos que deja el cloroformo.

Todavía no se atreve, sin embargo Leduc,
á aplicar éste descubrimiento al hombre,
aun que ya el autor lo ha experimentado en
sí mismo con la ayuda de otro médico.

Leduc mismo refiere esta experiencia y
sus sensaciones. Las facultades—dice—no
se pierden de pronto sino sucesivamente.
Primero desaparece la de hablar, luego la
de moverse; os hallais separado del mundo
de los vivos sin comunicación posible. De-
spués, sentís como una pesadilla, pareceos
estar sometido á una fatalidad, á un peli-
gro inevitable, contra el cual sois impoten-
tes. Al fin viene el abatimiento completo,
ya no existís, que se os pinche, se os corte
la piel, nada sentís.

El despertar, no obstante, es facil. Cree
el autor necesarias aún más experiencias
en el hombre hasta llegar á la seguridad de
una anestesia sin peligro alguno.

El segundo descubrimiento se relaciona
con lo que se llama «ionización»: esta
ha sido descubierta por él, lo que ha hecho
Leduc es precisar sus caracteres con el áni-
mo de utilizarla en la medicina práctica; su
objeto es introducir en la parte que se qui-
era del organismo y por medio de la electri-
cidad, la cantidad de medicinas que se juz-
ge necesaria. Esto lo ha hecho ya con ani-
males. Los indispensables conejos «animas
viles», los mas asequibles á los experimen-
tos modernos, y se realiza lo mismo que,
por ejemplo, el nikelado, cobreado plateado
por electrodos, que llevan el metal desde la
plancha ó bloque al sitio que se desea re-
cubrir; aquí, en vez de los metales, lo que va
al punto enfermo del organismo son los me-
dicamentos; calcúlese la trascendencia de
la invención.

De este modo la terapéutica superficial se
encontrará substituida por otra eficaz que
solo afecte la parte dañada, y se evitará en
muchos casos la intervención de la cirugía
mi-ma. A eso tira, y eso espera conseguir
Leduc, que continúa estudiando sin des-
canso.

Y veamos el tercer descubrimiento de
este hombre insigne. Es el que ha hecho mas
sensación, y se refiere á la cuestión eterna
y tan debatida como trascendental, de la
generación espontánea, que dilucidaron
Pasteur y Pouchet de Rouen. Pasteur—dice
Leduc—ha destruido las teorías de Pouchet
revelando el error fundamental de sus expe-
riencias sobre la generación espontánea;
pero no ha demostrado la falsedad ni la im-
posibilidad de esas generaciones.

Piensa Leduc que no hay dos clases de
materia; la orgánica y la inorgánica, sino
una sola de distintos modos constituida.
Los aspectos de una sola substancia.

Prepara granos de sulfato de cobre y de
azúcar, los deposita en un liquido que con-
tiene ferrocianuro de potasio, cloruro de
sodio ú otra sal y gelatina. Este grano, pu-
ramente mineral, se desarrolla y produce
en algunos minutos una planta muchos
cientos de veces mayor que el grano, y tie-
ne todos los caracteres de la vida vegetal,
lo inorgánico en orgánico; de ahí... quién
sabe, por lo menos ya son posibles plantas,
que no se proceden de una semilla salida de
otra planta, gallinas vejetales que no salie-
ron de un huevo y huevos hechos por el
hombre, que no proceden de una gallina...
Primer paso, ya se darán los sucesivos,
quién sabe hasta qué resultados.

Tales son los tres más notables descubi-
mientos del doctor Leduc, un hombre de
gran mérito que, notificado recientemente de
que se trataba de elevarlo á un sillón aca-
démico y de llevarlo al Instituto de Fran-
cia, ha rehusado porque cree que allí no
podrá estudiar con provecho como en Nan-
tes, donde nadie le molesta. Los grandes
estudios exigen que el hombre viva tran-
quilo y sosegado.

X.

COSAS DE LA TIERRA

Hoy como ayer, mañana como hoy...

Como siempre que se aclaran los pade-
cimientos sufridos por los asilados en la
Casa de Misericordia, una nota oficiosa, diri-
gida á los periódicos que simpatizan con
los conservadores, asegura hoy que la de-
serción de niños no se debe al hambre ni á
los malos tratos que soportan; por el con-
trario, los asilados, que no pueden resistir
ya la abundancia sustanciosa de las comi-
das, huyen temerosos de morir de un har-
tazgo, buscando á sus familias para que
intercedan con el presidente de la Diputa-
ción y se acorte la ración diaria que se les
dá.

Los asilados, que jamás habían comido
tanto, están asustados de la terrible abun-
dancia que se disfruta hoy en la Misericor-
dia, abundancia que no pueden explicarse.
Para dar una idea de ella, copiamos el
arreglo que se ha hecho de una miscelánea
famosa, adaptada al caso.

«Cuando llega la hora de la comida, un
asilado, que tiene hambre canina, se dirige
hacia el sitio del reparto, y pregunta con
avidez:

—¿Es que no se me echa carne (i) hoy?

—Sí, hijo mio—le responden;—abi en el
plato la tienes... Mirala: detrás de aquel
grano de arroz está...»

A pesar de lo que digan las notas ofici-
osas, en la Casa de Misericordia hay ham-
bre, porque el famoso racionado que se ideó
á raíz del suicidio del señor Melgares, ha
sido, es y sera mientras siga triunfando el
compadrazgo, un bello mito, muy bello,
muy hermoso, pero que no alimenta, á cau-
sa de ser un racionado ideal.

En la Misericordia, cuando los mucha-
chos se fugan, es porque no pueden resistir
la enorme escasez que se padece, escasez
que atenaza el estómago con punzadas do-
lorosas y que pone desesperación en el al-
ma; en la Misericordia, cuando se repiten
casos como los actuales, es porque perdi-
das todas las esperanzas dentro, se busca
alguna probabilidad de vida fuera; en la
Misericordia, cuando la vergüenza se cono-
ce fuera, es porque dentro no hay posibili-
dad de vida; y en la Misericordia, cuando
la miseria sale á la calle, es porque la del
exterior no es tan grande ni tan vergonzosa
como la del interior.

Pueden muy bien los que quieren aplau-
dir al Sr. Lizana, porque están en su dere-
cho; pero jamás, jamás convencerán á na-
die de que en la Casa de Misericordia se
come bien. Y la razón es muy sencilla. En
la Misericordia no se come bien, porque—
mal y todo—casi no es comer lo que se
hace allí.

También pueden aplaudir cuantos quie-
ran la gestión del Sr. Lizana; mas no por
eso nos convencerán, porque «todos cono-
cemos el recado que D. Carlos Barroso tra-
jo de Madrid para el presidente de la Di-
putación.»

Mientras subsista el caciquismo conser-
vador, descarado y procaz, la situación de
los establecimientos benéficos no cambiará.
Para que cambie hay que «barrer» mucho
en la provincia, mucho, sentándole las cos-
turas á algunos caciquillos de pueblo; has-
ta que no se haga eso, obrando sin guardar
consideración á nadie, soportaremos esa
vergüenza en Murcia.

Hoy, mañana, pasado, mientras se atien-

dan las recomendaciones, decir Casa de Mi-
sericordia es decir lugar de afrenta, sitio de
perpétuo bochorno.

SONETO

Ya han pasado mi amada esos títriteros.
No te asuste su menea que es algo inoportuno.
Ahora marchan tranquilos por aquellos senderos
del ensueño, alumbrados por un claror de luna.

¿No vistes del atleta las raras contorsiones?
¿Vistes del clown las muecas y los saltos mortales?
Ya no saltan ni juegan; aquellos coraxones
son ya de seres vivos; son de seres reales.

¿Te ha causado la fiesta honda impresión, Luisa?
¿Al salir el jongleur dibujaste una risa?
¿Que has llorado me dices? Di por Dios ¿Qué ha
pasado!

—Yo he visto una sonrisa dibujarse divina...
yo he visto que Pierrot tristemente ha llorado,
por que hacia piruetas alegres Colombina.

DIONISIO SIERRA.

CARTAGENA

Páginas negras

Quando se empieza á atravesar la prima-
vera de la vida; cuando se entra en esa flo-
rida edad de las ilusiones, en que todo es
sonriente, halagado con dulces sueños de
color de rosa; cuando el fuego del amor,
apoderándose de los corazones vírgenes,
llega á convertirlos en esclavos de aquellas
que sólo les basta una mirada para conser-
guirlos cuando á las pasiones propias de
esa edad, se suma el romanticismo soñador,
el amor á lo misántropo, no es extraño que
esos sentimientos que llegan á convertirse
en reyes absolutos de nuestro ser, apode-
rándose de toda idea reflexiva que pudiera
conducir al camino de la realidad, tengan
un fin trágico con el suicidio, haciendo
desaparecer de la vida á los protagonistas,
y sembrando el dolor intensísimo é inconsolable
en sus familias.

Una de las víctimas de ese romanticismo
(que tantas ha causado), basido un jóven
de 16 años de edad, llamado Antonio Sán-
chez Victoria, cuya caláver apareció ayer
tarde flotando en el mar, próximo á la es-
cala llamada de la Ciudad.

Acercas de los móviles que le han induci-
do á tomar tan fatal resolución, corren vá-
rias versiones, siendo la que más crédito
merece, atendiendo á su carácter melancó-
lico, los amores contrariados; amores ali-
mentados con la esperanza, y pagados con
el desdén por la que fué el idolo de sus ro-
mánticos ensueños.

¡Pobre jóven, y desgraciada familia, que
que llorará eternamente la muerte prema-
tura que buscó el suicidal!...

Hay días en los pueblos que se marcan
con páginas negras, y el de ayer fué uno
de esos señalados.

Ya entrada la madrugada, en la calle de
la Aurora que debía titularse «Teatro de los
crímenes del vicio», se desarrolló otro
drama, cuyos protagonistas fueron dos jó-
venes obreros, de los cuales uno cayó al
suelo para no levantarse más, herido de
muerte por el puñal de un asesino, que sin
mediar palabras ni disputas, demostró sus
instintos criminales, acrecentados por los
altos vapores del alcohol.

El muerto se llamaba Joaquin Olivares;
el agresor que tiene pésimos antecedentes,
José García López, era muy conocido por
sucarácter pendericero.

25-Agosto-1907

Esta noche en el real de la exferia, mien-
tras contemplaba en el café de España los
residuos de las luces, y las contadas perso-
nas que transitaban (mis bien que pensar),
un caso de esos sencillísimos que casi siem-
pre pasan desapercibidos en la vida, me
ha hecho sin querer pensar en el origen
de nuestros crímenes y de no menos
suicidios, como los tan recientes en esta
ciudad.

Acababa de apurar una taza de café. Un
nio cubierto de harapos, pálido y sucio,
se acercó á la mesa en que me hallaba, y
con ademán humilde y respetuoso, con voz
temblorosa, casi implorante, me pidió por
favor... una copa de agua.

El joven mendigo, (apenas contará de
de seis á siete años), después de apurar con
ánxia dos vasos del solicitado liquido, me
dió las gracias sumamente agradecido.

Le he hecho sentar á mi lado, y lo he me-
tido á un pequeño interrogatorio;